

espacialidades

Revista de temas contemporáneos sobre lugares, política y cultura.

ENERO-JUNIO 2019 | VOLUMEN 09 | NÚMERO 01 | PUBLICACIÓN SEMESTRAL | ISSN-2007-560X



Detalles sobre la publicación, incluyendo instrucciones para autores e información para los usuarios en: <http://espacialidades.cua.uam.mx>

Victoria Pérez y Yunuen Italia Vázquez Vergara (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla)

Espacio, acoso y agresor en historias de vida de mujeres
pp. 21-40

Fecha de publicación en línea: 30 de mayo de 2019.

DOI: <http://www.doi.org/10.24275/uam/cua/dcsh/esp/vol09/num01/Perez>

© **Victoria Pérez y Yunuen Italia Vázquez Vergara** (2019). Publicado en *Espacialidades*. Todos los derechos reservados. Permisos y comentarios, por favor escribir al correo electrónico: revista.espacialidades@correo.cua.uam.mx

ESPACIALIDADES. Volumen 9, Núm. 01, enero - junio de 2019, es una publicación semestral de la Universidad Autónoma Metropolitana, a través de la Unidad Cuajimalpa, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Ciencias Sociales, editada en la Ciudad de México, México. Con dirección en Av. Vasco de Quiroga 4871, Cuajimalpa, Lomas de Santa Fe, CP: 05300, Ciudad de México, México. Página electrónica de la revista: <http://espacialidades.cua.uam.mx/> y dirección electrónica: revista.espacialidades@correo.cua.uam.mx. Editora en jefe: Dra. Fernanda Vázquez Vela. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Título número 04-2011-

061610480800-203, ISSN: 2007-560X, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: María Fernanda Flores Torres (Dendrita Publicidad S. A. de C. V.), Temistocles, núm. 79, int. 3, Colonia Polanco IV Sección, Delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11550, Ciudad de México; fecha de última modificación: mayo de 2019. Tamaño de archivo 440 kb.

Espacialidades. Revista de temas contemporáneos sobre lugares, política y cultura tiene como propósito constituirse en un foro de discusión académica que aborde la compleja, contradictoria y multicausal relación entre el espacio y la vida social. *Espacialidades* se inscribe en el debate académico internacional sobre el giro espacial en las ciencias sociales e invita al análisis de diversas prácticas sociales y formas de organización y acción política desde una perspectiva multidisciplinaria que ponga énfasis en las diferentes escalas territoriales. Los textos publicados incorporan métodos y problemas tratados desde la sociología, la ciencia política, la economía, los estudios urbanos, la geografía, los estudios culturales, la antropología, la literatura, el psicoanálisis y el feminismo, entre otros.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del comité editorial.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa.

Directorio

RECTOR GENERAL: Dr. Eduardo Abel Peñalosa Castro

SECRETARIO GENERAL: Dr. José Antonio De los Reyes Heredia

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa

RECTOR: Dr. Rodolfo René Suárez Molnar

SECRETARIO DE UNIDAD: Dr. Álvaro Julio Peláez Cedrés

División de Ciencias Sociales y Humanidades

DIRECTOR: Dr. Roger Mario Barbosa Cruz

JEFE DE DEPARTAMENTO: Dr. Gabriel Pérez Pérez

Revista Espacialidades

DIRECTORA: Dra. Fernanda Vázquez Vela

ASISTENTE EDITORIAL: Mtro. Guillermo Paredes Orozco

ADMINISTRACIÓN DEL SITIO WEB: Rafael Eduardo Méndez Pérez

EDICIÓN TEXTUAL Y CORRECCIÓN DE ESTILO: Mtro. Hugo Espinoza Rubio

FOTOGRAFÍA DE LA PORTADA: © 2019 Jonathan Cosens en Unsplash @jcosens, <https://unsplash.com/@jcosens>

COMITÉ EDITORIAL: Dra. Montserrat Crespi-Valbona (Universitat de Barcelona, España), Dra. Verónica Crossa (El Colegio de México, México), Dra. Marta Domínguez Pérez (Universidad Complutense de Madrid, España), Dr. Marco Aurelio Jaso Sánchez (Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, México), Dra. Graciela Martínez-Zalce (Universidad Nacional Autónoma de México, México), Dr. Alejandro Mercado (Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, México), Dr. Jorge Montejano Escamilla (Centro de Investigación en Geografía y Geomática "Ing. Jorge L. Tamayo", México), Dra. Analiese Marie Richard (Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa), Dra. Rocío Rosales Ortega (Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México), Dr. Vicente Ugalde (El Colegio de México, México).

COMITÉ CIENTÍFICO: Dr. Tito Alegría (El Colegio de la Frontera Norte), Dra. Miriam Alfie (Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa), Dr. Mario Casanueva (Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa), Dra. Claudia Cavallin (Universidad Simón Bolívar, Venezuela), Dr. Humberto Cavallin (Universidad de Puerto Rico), Dra. Flavia Freidenberg (Universidad Nacional Autónoma de México), Dra. Clara Irazábal (Columbia University, Estados Unidos), Dr. Jorge Lanzaro (Universidad de la República, Uruguay), Dr. Jacques Lévy (École Polytechnique Fédérale de Lausanne, Francia), Scott Mainwaring (University of Notre Dame, Estados Unidos), Miguel Marinas Herrera (Universidad Complutense, España), Edward Soja † (University of California, Estados Unidos), Michael Storper (London School of Economics, Reino Unido).

espacialidades

Revista de temas contemporáneos sobre lugares, política y cultura

Enero-junio 2019 | volumen 09 | número 01
Publicación semestral

Espacio, acoso y agresor en historias de vida de mujeres

Space, Harassment and Aggressor in Women's Life Stories

VICTORIA PÉREZ*
YUNUÉN ITALIA VÁZQUEZ VERGARA**

Resumen

En este artículo se analizan cinco relatos de mujeres jóvenes sobre acoso sexual callejero, desde un enfoque discursivo y sociopragmático, con el fin de determinar los mecanismos lingüísticos empleados por ellas para construir el espacio en sus relatos y categorizar los lugares como seguros o inseguros; esto conforme a sus valoraciones respecto de la libre movilidad y sensación de bienestar. Se concluye que impera un sentimiento de vulnerabilidad e inconformidad en las participantes, lo cual da testimonio del panorama local y nacional.

Palabras claves: espacio público, informante, acoso callejero, identidad, discurso.

Abstract

This article analyzes five stories of young women on street harassment from a discursive and socio-pragmatic approach in order to determine the linguistic mechanisms used by speakers to construct space in their stories and categorize places as safe or insecure, this according to their evaluations with respect to free mobility and feeling of well-being. It is concluded that a feeling of vulnerability and nonconformity prevails in the participants, this giving testimony of the local and national scene.

Keywords: public space, speaker, street harassment, identity, discourse.

Fecha de recepción: 19 de marzo de 2018

Fecha de aceptación: 3 de septiembre de 2018

Introducción

Este artículo forma parte de una investigación más amplia que se realizó entre agosto de 2016 y diciembre de 2017, con el objetivo de proponer una imagen discursiva tanto de mujeres acosadas sexualmente en la calle, como de sus agresores. Aquí se aborda exclusivamente la pregunta de investigación referente a la categoría de espacio: ¿cuáles son las estrategias discursivas que emplean las informantes para perfilar los lugares en donde se desarrollan sus relatos, esto en términos

* Doctora en Ciencias del Lenguaje. Profesora-investigadora del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades (ICSyH) "Alfonso Vález Pliego", Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP). C.e.: <vita_ru@hotmail.com>.

** Maestra en Ciencias del Lenguaje por el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vález Pliego", BUAP. C.e.: <italia.vazquezv@gmail.com>.

prácticos y simbólicos? Constituye una mirada hacia la ciudad de Puebla y la vida cotidiana de cinco mujeres jóvenes habitantes de esa urbe, a través de la revisión desde el análisis del discurso de sus elaboraciones discursivas respecto del acoso sexual en espacios públicos y semirregulados.

Cabe reiterar que entendemos por acoso sexual callejero esa práctica sociocultural adosada al espacio público, que se materializa a través de acciones y comportamientos violentos ejercidos mayoritariamente de hombres hacia mujeres, en el ámbito de la vida cotidiana. Scott Kiesling explica que la hegemonía masculina se sostiene en los discursos sobre lo masculino, los cuales “son acerca del poder y la dominación, sobre estar en la cima de alguna jerarquía social percibida [...] incluso si los hablantes la utilizan o no para crear identidades dominantes dependiendo de otros recursos sociales a su disposición” (Kiesling, 2006: 269).¹ Si el dominio de lo masculino sobre lo femenino es la pauta con la cual algunos hombres descifran el mundo, no es extraño que al relacionarse con las mujeres se permitan comportamientos sexuales que no apelan al consentimiento; y ya que el espacio público es un lugar semirregulado de circulación constante, concede que el agresor permanezca en el anonimato.

En consonancia con lo anterior, se entiende que las narraciones de las informantes operan como una unidad discursiva con significado que se abordará desde la óptica de consideraciones culturales y sociales; retomando a Kiesling: “Una narración siempre tendrá significado a nivel de las relaciones interpersonales entre el narrador y la audiencia, pero también tiene significado en su vínculo con relaciones y discursos sociales más amplios” (Kiesling, 2006: 267); el corpus es una muestra de la realidad que viven las mujeres en México y específicamente en Puebla, donde salir a la calle muchas veces resulta más un acto de valentía y no un ejercicio de libertad. Tal afirmación no es exagerada, pues el panorama que ofrecen las cinco informantes sobre el acoso cumple con el criterio de representatividad —elemento imprescindible en todo trabajo científico desde las ciencias sociales—, esto debido a que para el análisis del discurso un participante representativo no se considera en términos estadísticos, lo que interesa es que la informante sea miembro de un grupo o colectivo de interés; en este caso, mujeres jóvenes universitarias que han sido víctimas de acoso sexual callejero.

Es relevante señalar que partimos de la definición acuñada por el Observatorio Contra el Acoso Callejero en Chile (OCAC), la cual establece el acoso sexual callejero como “prácticas de connotación sexual ejercidas por una persona desconocida, en espacios públicos como la calle, el transporte o espacios semipúblicos (*mall*, universidad, plazas, etc.); que suelen generar malestar en la víctima (<<http://www.ocacchile.org>>)”. Es decir, comentarios denigrantes o irrespetuosos, silbidos, “piropos”, miradas, palabras o gestos intimidatorios y lascivos, acercamientos indeseados, tocamiento o presión en los genitales u otra parte del cuerpo, captura (sin consentimiento) de fotografías o video de los genitales o el cuerpo de la mujer, masturbación en público y otras acciones similares. Resulta importante ampliar la definición formulada por el OCAC, para ello nos remitimos a la propuesta de Patricia Gaytán Sánchez en su trabajo “El acoso sexual en lugares públicos: un estudio desde la *Grounded Theory*” (2007), en el que recoge el proceso y resultados de una investigación cualitativa, apoyada en la teoría fundamentada de Erving Goffman, con el fin de establecer una definición sociológica del acoso sexual callejero, desde la perspectiva de género.

Para recabar información, Gaytán (2007) presenta el método de la entrevista a profundidad, interpellando a las participantes sobre sus experiencias en las calles de la ciudad y cuando ellas tocaban el tema del acoso, la investigadora insistía hasta obtener relatos de vivencias propias o ajenas, así como posibles definiciones de lo que implica el acoso sexual callejero. Para el análisis de los datos, procesó la información agrupándola en categorías, con el objetivo de elaborar una conceptualización que permitiera establecer una definición de acoso sexual en lugares públicos, atendiendo a los equilibrios y desequilibrios de poder en el género. Concluyendo lo siguiente:

El acoso sexual consiste en una o varias interacciones focalizadas cuyos marcos y significados tienen un contenido alusivo a la sexualidad, en las que la actuación de al menos uno de los participantes puede consistir en aproximaciones sexuales indirectas (empleo de símbolos, mensajes escritos, silbidos a distancia, material pornográfico), soborno

¹ Excepto donde se señale, todas las traducciones son nuestras.

sexual, acercamientos, miradas, susurros y contactos físicos o proposiciones y comentarios sexuales que no son autorizados ni correspondidos, generan un entorno social hostil y tienen consecuencias negativas para quien las recibe. Es posible que involucren diferencias de jerarquía y estatus, y necesariamente implican un desequilibrio en las relaciones de poder entre los individuos que puede ser contrarrestado o no durante la misma situación. Ocurre en diferentes medios. (Gaytán, 2007: 11).

A partir de las narraciones de las mujeres, pueden abordarse a cabalidad las cuestiones vinculadas con experiencias de violencia y discriminación que, de hecho, tienen cabida en los actos cotidianos y sistemáticos de agresión, como el acoso sexual callejero. Este tipo de violencia se ejerce en una gran variedad de espacios públicos o mínimamente regulados; por supuesto que constituye una de las violaciones a los derechos humanos de las mujeres más reiterada y arraigada en el país, ya que impacta negativamente en la movilidad y seguridad de las mujeres y las niñas mexicanas.

El objetivo teórico de este texto es analizar la construcción discursiva del tipo de lugares donde ocurren los ataques, además de ser nuestro interés político exponer la violencia que viven la mayoría de las mujeres en sus vidas cotidianas, mostrando su condición de vulnerabilidad, para sensibilizar a la comunidad académica sobre el tema del acoso sexual callejero.

En la mayoría de los países de América Latina, se utilizan los registros administrativos de entidades receptoras de denuncias y prestadoras de servicios de salud como fuente de información sobre la violencia; en el caso de México, Inmujeres, ONU Mujeres, Segob, INEGI y CONAPO son los organismos encargados de recabar, interpretar y difundir los datos sobre discriminación y violencia hacia las mujeres; naturalmente, el enfoque de semejantes instituciones es de naturaleza cuantitativa: comunican resultados y elaboran estrategias de prevención y sanción, si bien visibilizan el problema de la violencia, aportan poco o nulo contenido sobre la subjetividad de las mujeres, sobre sus opiniones, miedos y malestares cotidianos respecto de los diferentes tipos de agresiones de las que son objeto.

Este trabajo se enmarca en el método biográfico-narrativo, es fundamental plantear las preguntas adecuadas para acceder a la subjetividad de la persona, por ello, se obvia la veracidad de los hechos, buscando una narración biográfica libre, es decir, la producción de una historia de vida. Puntualmente, para fines del presente artículo, la historia de vida se entiende como una herramienta para la recopilación y tratamiento de datos, con la finalidad de elaborar un documento sobre las prácticas y experiencias individuales de la persona, quien, desde su subjetividad, suma conocimientos sobre formas de vida que comparte un grupo o comunidad. Cabe subrayar que una historia de vida, en cuanto testimonio, se produce a través de la interacción entre informante e investigadora, durante el curso de una o varias entrevistas, centradas en el lenguaje generado en condiciones cotidianas; por ello, la estructuración de las preguntas no es restrictiva, la informante selecciona, ordena, interpreta y justifica sus experiencias para construir un relato coherente, sin más sujeción que la protección de la propia imagen que proyecta y mantiene para sí misma.

De las diferentes preguntas formuladas para las informantes, las de mayor relevancia para el análisis, amén de los resultados, versaron sobre cuál fue su primera experiencia de acoso sexual callejero y cuál fue la más fuerte; en ambos casos se buscaba que la informante estableciera los escenarios donde tuvo lugar el acoso (posicionándose respecto del acosador y las circunstancias), el objetivo de utilizar el término “experiencia más fuerte” tuvo como objetivo que esa palabra detonara un relato con una poderosa carga emocional.

Evidentemente, el enfoque de esta investigación es de naturaleza cualitativa, dirigida a identificar las razones profundas del comportamiento y manifestaciones de un fenómeno determinado. En la investigación social, dicho enfoque reconoce el valor de las historias de vida como testimonios de personajes protagonistas de los acontecimientos narrados, que en sí mismas constituyen una fuente de información documental que, además, sirven de complemento para el estudio de la historia reciente, por ejemplo, sobre las prácticas que forman parte de la vida cotidiana, las identidades de ciertos grupos o sujetos; en fin, una revisión de temáticas que ocupan el quehacer de las ciencias sociales y las humanidades en la actualidad. El método cualitativo se distingue por posicionar a los individuos como actores interpretativos de la realidad que asignan significado a las acciones sociales; además, el orden social se entiende como resultado de la suma de negociaciones intersubjetivas. Se favorece la perspectiva interpretativa a partir de la observación de procesos sociales, actores concretos

y sus interacciones. Finalmente, el método imprime un carácter descriptivo, analítico y exploratorio al conocimiento que se obtiene (Peña, 2007).

En este sentido, los métodos cuantitativos de investigación resultan insuficientes, sólo las entrevistas a profundidad, las historias de vida y otros materiales biográficos que resulten de una aproximación sistemática a la subjetividad de los actores sociales permitirán acceder al sistema de significados que configura la realidad de la persona en cuestión. Esto en razón de que, en una narración autobiográfica, producto de una entrevista, el narrador selecciona, ordena, interpreta y justifica sus experiencias como un trabajo de introspección, sin mayor sujeción que la autocensura y la protección de su propia imagen.

Aunque las historias de las informantes están ligadas a un suceso en particular, su discurso sobrepasa los hechos específicos relatados, para contribuir a la interpretación de una cultura y de su tiempo, ambas cuestiones ancladas en la vida cotidiana, sus experiencias se relacionan con el modo prototípico de interacción social: la situación cara a cara, donde el “otro” aparece en un presente compartido: el “aquí y ahora”. Así, a través de centrar deliberadamente la atención sobre sí misma, la informante accede a sus recuerdos para hablar sobre el acosador y sobre ella como objeto del acoso.

En este estudio colaboraron cinco informantes, mujeres jóvenes universitarias residentes en la capital poblana: Daniela (veintidós años), Carolina (veintidós años), Lilian (veinticinco años), Nancy (veintidós años) y Edna (veintitrés años), ellas nos han permitido emplear sus nombres reales y autorizaron que el contenido de sus entrevistas se utilizara para conformar el corpus de análisis. Cabe mencionar que en las transcripciones se ha respetado el modo de hablar de las participantes. El proceso de selección únicamente obedecía a dos criterios: ser mujeres y estudiantes de psicología en la BUAP, ya que al inicio de la investigación se pretendía trabajar con relatos de mujeres universitarias que habían sufrido hostigamiento sexual por parte de docentes, un tema que, debido a su recurrencia, era motivo de discusión y denuncia en la Facultad de Psicología de la BUAP, donde las informantes estudiaban. No obstante, el proceso de *rapport* reveló las virtudes de una narración construida en torno al acoso sexual callejero, así que las informantes permanecieron como parte de la investigación, pero el tema se modificó de acuerdo a las circunstancias.

Atendiendo los análisis preliminares derivados del proceso de transcripción, es necesario advertir la vinculación entre la experiencia biográfica de las informantes y el contexto histórico-social del que forma parte; luego entonces, es posible describir cómo impacta el acoso sexual callejero en la vida cotidiana de esas mujeres, en su sensación de libertad, en su utilización del espacio público y cómo todo lo anterior condiciona su visión de la realidad y repercute en su relación, vinculación e interacción con otros sujetos sociales.

Para ello se aborda la construcción del espacio a través del discurso de las informantes, examinando los lugares donde se incluyen en el relato y lo que se dice sobre los mismos; en suma, se desarrolla un análisis sobre la interacción que ellas mantienen con los elementos presentes en el espacio.

Ahora bien, para esbozar una imagen de la mujer agredida y el agresor, conviene iniciar con las categorías básicas presentes en las narraciones de las informantes: por una parte, el género, mientras todas las informantes pertenecen al género femenino, la totalidad de los acosadores pertenecen a la categoría masculina; edad: las informantes son adultos jóvenes, aunque la edad en la que identificaron su primer acoso fue en la niñez, entre los ocho y doce años; por su parte, los acosadores mantienen un perfil de edad amplio, pues se incluyen desde adolescentes, adultos jóvenes y adultos mayores; clase social: las informantes conservan un nivel socioeconómico medio, considerando además que tienen acceso a la educación superior y algunas de ellas reciben ingresos menores, puesto que trabajan, aunque ciertas narraciones no permiten conocer el estrato social de los acosadores, en dos relatos se incluyen personas indigentes. Por otra parte, se infiere que la mayoría de los acosadores mantienen un nivel económico medio, esto debido a sus hábitos de movilización, que consisten en la utilización del transporte público, no obstante, no se elimina la posibilidad de acosadores con un poder adquisitivo mayor, dado que una de las agresiones se realizó desde un automóvil particular.

En este artículo únicamente se incluyen los hallazgos sobre la construcción del espacio en los relatos de las informantes, no así el contenido referente a identidad, imagen discursiva y territorio; aunque el lector advertirá las representaciones identitarias que proponen las informantes a través de la presentación de las acciones en el relato, particularmente a quién se atribuye la responsabilidad sobre éstas y sobre quién se proyectan sus consecuencias.

La casa y la calle; lo seguro y lo peligroso

Resulta indispensable distinguir entre las categorías de espacio y lugar, para ello hemos tomado la propuesta del geógrafo estadounidense Yi Fu Tuan (1979), quien define el lugar como un objeto determinado cargado de significado; por ejemplo, la casa donde ha nacido una persona, un rincón de aquella casa, una esquina en la ciudad o la ciudad misma. Por otra parte, el espacio es una entidad abstracta, determinada a partir de la conexión entre lugares y objetos, experimentado por las personas a través del movimiento, es decir, su desplazamiento, su sentido de localización, su capacidad de relacionar y separar objetos. En conclusión, el lugar —entendido como sitio— es unidad entre muchas unidades, mientras que el espacio —como zona— refiere a una entidad única. Además, Tuan (1979) se interesa por el concepto de experiencia, que se explica como la totalidad de pensamientos y sentimientos que para un sujeto sirven de herramienta de conocimiento y construcción de la realidad en un espacio dado.

La aclaración anterior es pertinente si queremos comprender que el espacio denominado público refiere a una totalidad constituida a partir de lugares y objetos específicos como la calle y el autobús, espacios *experimentados* por las personas durante su movilidad cotidiana; es decir, en términos simples, todo aquello que no pertenece a la categoría del espacio privado —casa, escuela, institución, comercio, plaza comercial— se categoriza como público, de uso común y parcialmente regulado legal y socialmente.

Ahora bien, en las narraciones cotidianas el espacio funciona como principio integrador de los componentes que conforman el escenario donde se desarrolla la trama, tomando en cuenta los lugares, acciones y personas que participan en los sucesos que se cuentan. El espacio físico apela a la descripción en el relato, entendida esta última como la manera en que se representan los objetos a través de elementos lingüísticos. Así, por ejemplo, el espacio psicológico se encarga de generar la atmósfera que dispone los sentimientos y pensamientos del lector, mientras que el espacio social remite a la cultura, clase social, religión y moralidad donde se desarrollan los eventos (Pimentel, 2001). De ese modo, en los relatos de las informantes que conforman el objeto de nuestro estudio, el espacio físico es construido mediante componentes descriptivos de naturaleza diversa, toda vez que estos refuerzan la producción de un ambiente donde se evidencia la inseguridad y vulnerabilidad que sienten al salir a la calle.

Sumado a lo anterior, es relevante no perder de vista que tanto ellas como los otros personajes incluidos en sus relatos son portadores de una cultura, una religión, un estatus social que se revela por la forma mediante la cual se relacionan con ciertos lugares y objetos. Entonces, al analizar el espacio, es vital considerar los elementos físicos, las prácticas sociales ejecutadas en determinados lugares, y el conocimiento político-geográfico de la persona sobre el lugar que habita, es decir, cómo se cartografían los lugares en la mente de las informantes y a partir de qué premisas culturales éstos son considerados inseguros, peligrosos, malos, desagradables.

Cuando Gastón Bachelard (1975) propone el concepto de toponálisis, centra su atención en las relaciones que se establecen entre el espacio físico y ciertos elementos psicológicos, sugiriendo la figura de “la casa” como espacio de tranquilidad, que se instituye como lugar seguro ante los embates de lo exterior, de lo que no pertenece al mundo de la casa, no está dentro de ésta y, por ende, está “afuera de”, esto es, en el terreno de la incertidumbre, aclarando que a pesar de los malos tiempos: “la casa no tiembla bajo el trueno. No tiembla con nosotros y por nosotros. En nuestras casas, apretadas unas contra otras, tenemos menos miedo” (Bachelard, 1975: 45). Se observa claramente que el autor fundamenta ese espacio como una zona de protección, como una figura mística que ofrece un cálido refugio, en contraposición a lo desconocido y agreste representado por el mundo exterior. La felicidad de habitar en la casa se contrasta con la incertidumbre constante de enfrentar lo que se encuentra más allá; el autor ilustra lo anterior a través de un retrato del invierno: “En el mundo fuera de la casa, la nieve borra los pasos, confunde los caminos, ahoga los ruidos, oculta los olores. Se siente actuar una negación por la blancura universal. El soñador de la casa sabe todo esto, siente todo esto” (Bachelard, 1975: 55). Entonces, al abandonar la seguridad de la casa, la persona se halla rodeada por la inmensa blancura, por la nieve que dificulta su desplazamiento, sus habilidades de localización, confunde sus sentidos, y al darse cuenta de todo ello, la persona reitera que está fuera de los límites espaciales que le garantizaban protección, sintiéndose solitario frente al mundo y sus ataques.

Lo anterior es pertinente, dado que retrata con exactitud el sentimiento de vulnerabilidad experimentado por las informantes al salir de un lugar que ellas consideran seguro, y es imprescindible establecer que se ha tomado “casa” como denominador de todo aquel lugar que las participantes atribuyen como fiable o protegido, es decir, “la casa” mantiene el simbolismo de Bachelard en cuanto a lugar de tregua con el exterior, respecto de lo que no lo es. El carácter de “la casa” como refugio únicamente aplica en el sentido de que es ahí donde las informantes se resguardaron del ataque del agresor, por supuesto que reconocemos que bajo un análisis más complejo, la casa, como vivienda, como espacio de convergencia de la familia y conocidos, no es siempre un lugar seguro por la existencia de conflictos que pueden derivar en violencia de distintos tipos, por ello la importancia de enmarcar el alcance y restricciones del término que hemos tomado de Bachelard.

En sus relatos sobre experiencias de acoso sexual callejero, la casa funciona como arquetipo de otros lugares considerados como espacios de protección, en contraposición con el espacio público, específicamente la calle, retratado como un lugar hostil. Al realizar el análisis de los marcadores discursivos, así como palabras que aluden a la ubicación, se detectó la presencia de dos tipos de espacios: primero, los seguros, donde prevalece la palabra “casa”, segundo, los peligrosos, relacionados con la palabra “calle”. Algunos ejemplos se presentan en el cuadro 1:

Cuadro 1. Espacios seguros

Informante	Espacios seguros	Espacios peligrosos
I ₁ Daniela	Su casa, casa de persona conocida	La calle, la parada del autobús
I ₂ Carolina	Su casa, casa de familiares	La calle, espacio afuera de la tienda
I ₃ Lilian	Su casa, tienda	La calle
I ₄ Nancy	Su casa, tienda, automóvil de un familiar	La calle, el transporte público
I ₅ Edna	Su casa	La calle, el transporte público

FUENTE: elaboración propia, con información de los relatos de Bachelard (1975). Los lugares se categorizan con base en la perspectiva de las informantes.

Para ampliar el cuadro 1, se remite a algunos datos: Daniela, por ejemplo, después de ser acosada en la parada del autobús, cuando iba rumbo a una fiesta, se cuestionó acerca de volver o no a su domicilio, expresando que en esos momentos necesitaba sentir el confort de un lugar seguro. De igual forma, Carolina, después del ataque, regresó a casa en un intento de buscar protección; los casos de Lilian y Nancy son semejantes, ya que ambas fueron acosadas mientras caminaban por la calle, hecho que las obligó a ingresar en una tienda para solicitar apoyo y “refugiarse” del acosador.

Retomando el discurso alegórico sobre la blancura universal, podemos seguir argumentando que, para nuestras informantes, cualquier espacio urbano las expone a una amplia gama de adversidades, específicamente agresiones y acoso sexual; así, en el relativamente corto periodo de vida de las informantes —todas son menores de veintiséis años— la experiencia adquirida como transeúntes en el espacio público y como usuarias del transporte colectivo les indica que posiblemente serán acosadas, luego entonces, tanto el derecho al libre tránsito como la pugna histórica de las mujeres por una vida libre de violencia se ven amenazadas por la avasallante realidad.

Bachelard (1975) menciona también la dialéctica entre “lo de fuera” y “lo de dentro”, misma que acentúa una hostilidad entre ambas polaridades, pues éstas se enfrentan irremediamente: el ser del hombre contra el ser del mundo, tomando prestada la reflexión del autor, se diría que “el ser” de la mujer se ha concebido culturalmente como un “ser de casa”, su espacio es el de dentro y no el de fuera, y por su ontología hogareña el ser del mundo, el exterior, ha de antagonizarla. En

términos llanos, cada cual —mujer y hombre— tiene su espacio, y en razón de ello, al salir de casa, la mujer comete un acto transgresor, que en última instancia trastoca el orden de las cosas, las descompone.

Es también relevante la reflexión del autor sobre las cosas y las palabras, pues ofrece una explicación sobre cómo una palabra que se inscribe en el ser trastorna al ser, por ejemplo, no en pocas ocasiones se culpa a la mujer por haber sido acosada apelando a la ropa que ésta portaba durante el ataque, bajo esa lógica, a las mujeres les son endilgadas palabras como provocadora, llamativa, indiscreta, incitadora, soberbia, rebelde; en consecuencia, dicho repertorio de calificativos originan un embrollo entre lo que la mujer piensa sobre sí misma y lo que opinan los demás, cuando “ellos” pronuncian esas palabras elaboran un decreto que cambia, confunde, desajusta su propia autoimagen. En el caso de las informantes, lo anterior se manifiesta cuando, en sus testimonios, aceptan que al menos por un tiempo optaron por no vestir con ciertas prendas y así evitar ser acosadas.

Descripción y espacio

El análisis del espacio dentro del relato se aborda con la propuesta de Luz Aurora Pimentel (2001), desde los campos narratológicos: tiempo/espacio, la autora manifiesta que si lo narrativo se encadena a través del tiempo, la forma discursiva ideal para la construcción del espacio es la descripción, entendida como el despliegue de atributos propios de un objeto nombrado y la explicación de la relación que guarda con otros objetos en el tiempo y espacio.

Es pertinente para nuestra investigación el análisis de las estrategias discursivas empleadas por las informantes para construir el espacio en su relato, el término propuesto por Pimentel es la “ilusión de realidad”, ilusoria en cuanto hace creer que las palabras son las cosas, básicamente funciona a través de hacer referencia a un objeto significativo que establece una relación entre el mundo real y el mundo narrativo, en palabras de la autora: “un texto narrativo cobra sentido sólo en la medida en que el universo diegético² entra en relación significativa con el mundo real” (Pimentel, 2001: 9). Es una cuestión de inteligibilidad, dado que el universo construido en el texto establece diferentes tipos de relación con el universo de la realidad, quien escucha al narrador o quien lee el texto espera poder reconocer el mundo dentro de la narración —o al menos— tener las herramientas para recrearlo, comprenderlo, hacerlo inteligible y accesible. A través de las palabras que constituyen el relato se elaboran modelos de significación acerca de los elementos, objetos y sucesos que forman parte de lo narrado, y el lector u oyente puede adentrarse en ese cosmos valiéndose de aquéllas. Lo anterior es conceptualizado por Pimentel como el “contrato de inteligibilidad” que supone patrones de conducta social e individual reconocibles y modelos de espacialidad que interactúan con los lugares del mundo real para producir la significación narrativa.

Los modelos de espacialidad que establecen las informantes en sus relatos son, de hecho, lugares reconocibles: las calles del centro histórico de la ciudad de Puebla, autobuses foráneos, transportes urbanos, tiendas vecinales, avenidas, paradas de autobús, así, discursivamente apuntan a una realidad extratextual que es compartida y cuyos códigos culturales son conocidos por las participantes del intercambio socioverbal analizado. Al utilizar la descripción espacial, que es de naturaleza gráfica y permite proporcionar una idea sobre las relaciones espaciales entre los componentes del lugar, las informantes no sólo tienen la intención de recrear un escenario que sirva como evidencia incuestionable del ataque, sino también manifestar la veracidad de lo narrado.

En los siguientes casos, las informantes realizan una expansión textual a partir de señalar un lugar y predicar algo sobre éste:

Ejemplo 1.

T. 18, Entrevista 1, I₁ Daniela:

[...] las calles estaban desiertas (turno continúa)

² En términos de Gérard Genette, el espacio diegético consiste en el universo espacio-temporal designado por el relato. Se entiende en la presente investigación como el espacio ficcional construido a partir del mundo real.

Mencionar calles desiertas genera la imagen de un lugar solitario, yermo, despoblado, en un desierto puedes recorrer kilómetros sin encontrarte con una persona; la informante emplea ese calificativo para comenzar a crear una atmósfera de desolación, para anticipar que ante el ataque se encontraba sin posibilidad de pedir ayuda con alguna otra persona.

Ejemplo 2.

T. 12, Entrevista 2, I₂ Carolina:

[...] no estaban prendidas las luces de las lámparas de la calle (turno continúa)

El ataque a la informante sucedió de noche, la oscuridad se asocia con lo misterioso y, en los peores casos, con lo tétrico, al no existir una luz que permita una buena visibilidad, los sentimientos de angustia no se hacen esperar y, por supuesto, el pánico de la informante es mayor cuando en las tinieblas aparece una sombra desconocida que le hace daño.

Ejemplo 3.

T. 22, Entrevista 3, I₃ Lilian:

[...] está medio solitario [...], estaba un poco oscuro, o sea sí había luz, pero ya estaba medio oscuro (turno continúa)

A medida que comienza a disminuir la cantidad de personas en un lugar y que el día va oscureciendo, las personas generalmente aumentan su estado de alerta, puesto que incrementa la sensación de que se podría estar expuesto a algún peligro, específicamente para las mujeres, permanecer sola en un lugar que pronto estará oscuro, no es algo apetecible.

Ejemplo 4.

T. 78, Entrevista 4, I₄ Nancy:

[...] en las rutas [...], si me subo en una ruta en especial que va para mi casa van como puros hombres, yo creo que salen del trabajo (turno continúa)

Abordar una ruta de transporte público no es un acto que tendría que resultar particularmente aflictivo; de manera cotidiana, las personas se trasladan en autobús, sin que ello les provoque sensaciones agobiantes o penosas, lo que resulta alarmante para Nancy es el hecho de tomar un camión en el que la mayoría de los usuarios son hombres, dado que debe permanecer por un periodo largo y la ocasión no le resulta cómoda. Su actitud no es inusitada, otras informantes, Edna y Lilian, comentan que para ellas tampoco es grato compartir un autobús exclusivamente con hombres, ya que aumenta su sentimiento de desprotección.

Ejemplo 5.

T. 66, Entrevista 5, I₅ Edna:

[...] hay lugares que están muy solos y que ahí igual es donde me puedo encontrar a gente pues más agresiva (turno continúa)

Es sabido que algunos acosadores seleccionan ciertos lugares para hacer sus fechorías de manera más efectiva: vagones del metro, callejones, avenidas poco transitadas, usualmente eligen espacios solitarios para lograr aislar a la mujer y disminuir su posibilidad de recibir auxilio.

Lo anterior es evidencia de que las descripciones construidas por las informantes no son exclusivamente de carácter referencial —aludiendo a las circunstancias materiales del espacio—; también atribuyen contenidos socioculturales al mismo, con ello reiteran que calles vacías, ambientes pobremente iluminados, el ingreso a una unidad de transporte público donde viajan únicamente hombres, no son per se circunstancias peligrosas, sino que, es a la luz de prácticas machistas arraigadas a la tradición cultural que dichas condiciones espaciales resultan alarmantes y peligrosas.

Las denuncias se confirman a través de valoraciones, puntos de vista y argumentos que permiten clarificar la forma en que las informantes se explican el mundo, a partir de una evaluación de la propia cultura y de tener presente sus libertades respecto de las de los hombres:

Ejemplo 6.

T. 32, Entrevista 1, I₁ Daniela:

[...] erradicando estas ideas estas creencias machistas, no o el quitar esta idea de p's es un piropo no ay deberías sentirte [h]alagada (turno continúa)

Ejemplo 7.

T. 28, Entrevista 2, I₂ Carolina:

[...] esas pequeñas violencias que son ya tan normalizadas a saber que hay treinta y tres feminicidios aquí en Puebla este año (turno continúa)

Ejemplo 8.

T. 58, Entrevista 3, I₃ Lilian:

[...] en el país [en] que vivimos y con la cultura que tenemos, este, todavía se tiende mucho a culpar a la mujer de lo que le pasa (turno continúa)

Ejemplo 9.

T. 8, Entrevista 4, I₄ Nancy:

[...] yo vivo en una zona [...] culturalmente allá está como muy aceptado que los hombres te digan cosas que no pides, no, desde un qué bonita hasta un quiero cogerte, no (turno continúa)

Ejemplo 10

T. 56, Entrevista 5, I₅ Edna:

[...] viaje siempre en transporte público y y no, sí siento que el transporte público es un lugar de mucho mucho acoso (turno continúa)

Luego entonces, la descripción tiene por lo menos dos funciones en el discurso: por una parte, es responsable de erigir la dimensión espacial del relato, además de articular valores temáticos, ideológicos y simbólicos, ello como recurso para convertir el espacio de la historia en espacio verbal, para Aurora Pimentel (2001: 11): “es el lugar donde se concretan y aún espacializan los modelos de significación humana propuestos”.

Sobre el contenido ideológico y simbólico del espacio, es prudente remarcar que en la sociedad mexicana actual prevalece la desigualdad de las mujeres en relación con los hombres, como señala la antropóloga Marta Lamas (2006), uno de sus orígenes proviene de la completa responsabilización de las mujeres sobre lo doméstico, antagonizando lo privado con lo público, en relación con concepciones ideológicas de lo femenino y lo masculino, donde la casa (el hogar) es el espacio de acción e injerencia de la mujer, y todo lo que no es el hogar —el espacio laboral, los lugares recreativos, la vía pública, entre otros— se constituye como dominio espacial del género masculino. En cuanto a la dimensión simbólica, no es raro que las informantes aseguren sentirse como objetos, como entes inanimados que se funden con el espacio, como si al ocupar físicamente un lugar en la calle o en el autobús súbitamente su cuerpo también fuera de acceso público.

Es vital discutir una preocupación primordial de Pimentel asociada a la descripción como práctica discursiva, esa especie de fe en el poder de las palabras para reproducir un objeto que se encuentra ausente, la palabra es imagen y es gracias a su potencialidad icónica que representa un objeto originalmente captado a través de la dimensión sensible, luego entonces queda clara la íntima relación entre las palabras y los objetos (las cosas del mundo) como testimonio del poder evocador del lenguaje.

El espacio físico donde se desarrolló el acoso orienta la descripción de las informantes; así, lo descrito se concibe como un todo del cual participan la composición y disposición como partes constitutivas, es decir, la elección de los elementos que deben ser parte de la escena y cuál era el orden o jerarquía que tomaban en el hecho, por ejemplo, en el relato de Daniela, el espacio se dispone de la siguiente manera:

Ejemplo 11.

T. 22, Entrevista 1, I₁ Daniela:

Fui a Fábricas de Francia/ ahí en Plaza Cristal/ me queda muy cerca de mi casa/ en el área donde venden motocicletas ahí estaba/ está junto al área deportiva

El reencuentro de la informante con su acosador se desarrolla en un lugar específico, a través de la descripción, detalla la localización del lugar —dentro de una tienda departamental en una plaza comercial cercana a su domicilio— al jerarquizar los elementos de dicha forma y no introducir inmediatamente el lugar donde ocurrió el encuentro, edifica un escenario coherente, fiable, que otorga credibilidad a su relato.

Por otra parte, la narradora enfatiza que el espacio donde fue acosada no está lejos de su casa y es territorio conocido, por lo que para ella era poco probable encontrarse con esa situación; no sucede lo mismo en el caso de Lilian, quien al decir que caminaría un largo tramo para llegar a su destino, anticipa lo factible de un episodio desagradable:

Ejemplo 12.

T. 22, Entrevista 3, I₃ Lilian:

Viví en el D.F./ venía a visitar a mi abuelita a Tlaxcala/ el camión te deja sobre la carretera/ se llama la parada del Trébol/ tienes que caminar un buen tramo de la carretera al centro de Tlaxcala/ para agarrar la combi

En ambos casos, las informantes no pretenden inventariar o listar los objetos del espacio, el modelo de organización es de carácter lógico, obedeciendo a la relación que guardan entre sí los elementos que se incluyen en la descripción, con el objetivo de componer un escenario que sitúe al escucha en ese punto espacial del relato.

Calsamiglia y Tusón (1999) explican que el término escenario suele emplearse en los estudios discursivos para aludir por medio de una metáfora a los elementos físicos en los que se produce un evento comunicativo, básicamente: espacio, tiempo y su organización, ambos son elementos vitales —aunque por supuesto no los únicos— de lo que se denomina contexto, éste resulta un tópico vital para todos los estudios lingüísticos que retoman una orientación discursivo-textual, como es el caso de esta investigación, que se distingue de aquellos que se realizan desde un punto de vista estrictamente gramatical, dado que incorpora los datos contextuales en la descripción lingüística.

El contexto discursivo

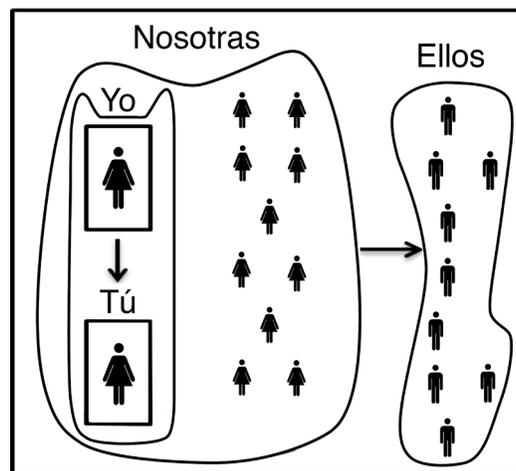
La contextualización se logra a través de la creación de imágenes o la descripción del escenario donde los hechos ocurren, esto se logra a través de la gramaticalización de elementos contextuales que se utilizan en sentido textual o simbólico, lo que se conoce como deixis, que se interpreta adecuada y rigurosamente si se atiende al contexto donde se emite la expresión. Los deícticos son piezas relacionadas con el contexto, ya que su significado depende de la situación de enunciación, es decir, quién pronuncia qué, para quién, cuándo y dónde. Estos aspectos se utilizan en dos sentidos: el gestual o el simbólico, en el primer caso se explicaría como un movimiento que acompaña la palabra, por ejemplo, cuando una persona dice: “me tocó aquí” y apunta a una parte de su cuerpo, en el segundo caso se indica un referente conceptualizado: “aquí siempre hay crímenes”, señalando una ciudad o país.

La deixis explica los términos cuyo referente únicamente estaría determinado en función de la situación en que se encuentran los interlocutores al momento de hablar, dado que señala y crea el terreno común: físico, sociocultural, cognitivo y textual. Así, los deícticos organizan el tiempo y el espacio, sitúan a los participantes y a los elementos textuales del discurso. Existen varios tipos de deixis: la personal, que incorporan o aleja personas del marco de la enunciación; la social, que señala las identidades de las personas en el discurso y la relación entre éstas e incluso la relación que mantienen con la audiencia, esto permite caracterizar socioculturalmente a los actores.

A continuación, se muestra cómo los deícticos de persona configuran las relaciones entre los actores del intercambio comunicativo y en las narraciones de las informantes:

Las informantes se saben individuos que se posicionan mediante su discurso como miembros de un grupo; en primer lugar, situándose respecto de la investigadora, e incluyéndola en la categoría de “nosotras” (tú investigadora y yo

Figura 1. Deixis personal



FUENTE: reelaboración propia, a partir del ejemplo propuesto por Calsamiglia y Tusón (1999).

participante), esto en un primer nivel que indica el reconocimiento de pertenencia de la investigadora al grupo de mujeres agredidas. Al designar a los agresores es evidente una demarcación entre el endogrupo definido por “nosotras” (las mujeres) y el exogrupo aglutinado con un “ellos” (los acosadores), esa línea divisoria aparece constantemente durante las narraciones de las informantes. El “nosotras” es una forma que une, que refuerza la constitución como parte de un conjunto definido por el género y por su posición de vulnerabilidad, apelando a una autopresentación positiva; en el segundo caso, se trata de una forma que separa y que aglutina a los acosadores, además de aludir a la heteropresentación negativa, esta categorización pronominal manifiesta una polarización grupal cuya consecuencia a nivel perlocutivo es la empatía y afiliación con el “nosotras” y la descalificación de “ellos”.

Ahora bien, con la deixis espacial es cualidad organizativa, pues concede seleccionar lo que se quiere destacar del entorno físico, situando en el fondo aquello que no interesa, ejemplos de ello son los adverbios o perífrasis adverbiales de lugar (aquí, acá, ahí, allí, allá, cerca/lejos, arriba/abajo, delante/detrás, a la derecha/a la izquierda), los demostrativos (éste/a, ése/a, aquél/la), algunas locuciones prepositivas (delante de, detrás de, cerca de), algunos verbos de movimiento (ir, venir, alejarse, subir). Tiene la función de marcar el territorio, el espacio público y el privado, en consecuencia, señala la imagen y la distancia de las relaciones sociales.

Cuando Daniela relata la experiencia de acoso que le pareció más desagradable (entrevista 1, t. 18) ocupa las siguientes palabras en el orden que se enlistan: llegó, volvió, detrás, a mi lado, alrededor, a mi lado. La imagen que nos

presenta es la de un cuadrante que el acosador recorre en torno a la mujer, no es casual que repare en los detalles de movilización de su agresor, incluso revela la causa: “estuvo muy feo para mí, fue muy feo y más por toda esta onda de cómo rodearme y cómo querer intimidarme [...]”, el hecho de que la rodeara provocó un sentimiento de asedio en la informante. Cuando posteriormente narra el reencuentro con su acosador, ahora el énfasis permanece en el lugar: “[...] fui a Fábricas de Francia [...] ahí estábamos y subimos y en el área donde venden motocicletas ahí estaba el sujeto, ahí estaba [...] y yo no yo no quiero ir para allá [...]”, por supuesto fue un encuentro inesperado e indeseable, la tienda departamental a la que acudió era considerada por ella como un lugar seguro, su incredulidad es producto de encontrar “ahí” a su acosador, y finaliza su relato con un “allá”, dado que ha marcado distancia respecto del recinto que ocupa su acosador, así, ella cede parte de su territorio.

Cabe añadir que “ahí” es un adverbio espacial que se construye en torno al hablante y refiere: “en ese preciso lugar”, aunque en algunas ocasiones funciona de manera neutral al emplearse en relación con un tiempo pasado; mientras que “allá” designa lo que permanece más lejos, en ocasiones alude un lugar que es parcialmente conocido e incluso misterioso, no obstante, en el corpus se emplea como una forma direccional.

De manera similar, Carolina habla de su primer acoso y organiza la información de manera que el interlocutor pueda crear una imagen del espacio y del orden de los hechos: estaba ahí, un señor salió, se puso enfrente de mí, lo tuve cerquita de mí; queda claro que el acosador obstaculizó el paso de la mujer y violó su espacio personal, la informante revela que el suceso la tomó por sorpresa y se paralizó ante el agresor.

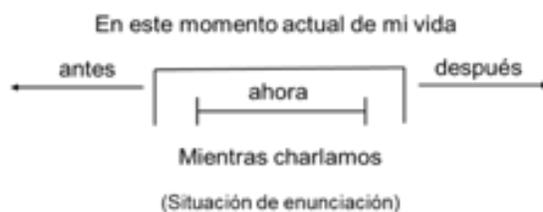
En la parte final de su entrevista, Carolina refiere que “aquí en Puebla” se ha incrementado el número de feminicidios y es necesario activar la alerta de género; añade que es necesario educar “desde casa”, con ello la informante quiere explicitar que los males presentes en el espacio público son consecuencia de lo que sucede en el ámbito privado.

En el caso de Edna, su relato se organiza de la siguiente manera: me senté, cambié de lugar, atrás, del otro lado; es decir, reclamaba distancia respecto de su acosador; finalmente lo consigue, pero sólo a nivel físico, dado que la agresión continúa a través de miradas. En cuanto a su primera experiencia de acoso, añade lo siguiente: él venía, me jaló, mi amiga me tenía de un lado, él igual del otro; la imagen para el interlocutor es de una persona atrapada entre dos fuerzas opuestas, cada una tira hacia su lado y el cuerpo baldado de la niña permanece en disputa.

Así como la lengua ofrece mecanismos para identificar el lugar donde se produce el acontecimiento de enunciación, también lo hace para brindar datos del tiempo en que éste se origina, la deixis temporal, organiza los elementos a partir del “ahora” que distingue a quien habla como centro deíctico y delimita un espacio de tiempo en el que se incluye el instante justo de la enunciación, ya sea mediante adverbios, locuciones adverbiales, preposiciones, locuciones prepositivas (antes de, después de, a partir de) o algunos adjetivos (actual, antiguo, moderno, futuro, próximo). Este tipo de deixis permite delinear las fronteras temporales que marcan el ahora respecto del antes y el después; con ello, el hablante tiene la posibilidad de implantar su perspectiva. A partir del análisis de los datos se elaboró la siguiente figura para ilustrar los hallazgos:

Como se aprecia en la figura 2, se establece un “ahora” respecto de un “antes” y un “después”, sucede que las informantes se colocan en el marco del “ahora” para designar no sólo el espacio temporal que investigadora y participante

Figura 2. Deixis temporal



FUENTE: reelaboración propia, a partir del modelo de Calsamiglia y Tusón (1999).

comparten durante la entrevista; además, a través de sus relatos revelan que ese “ahora” indica el momento actual de sus vidas; por ejemplo, Daniela (entrevista 1, t. 22), al hablar sobre su elección de prendas para vestirse, señala: “[...] ahorita ya me estoy volviendo a vestir como me gusta, por ejemplo, ahorita traigo un short [...]”. Carolina (entrevista 2, t. 28) también refiere al tema de la vestimenta: “[...] ahorita es como p’s lo que yo quiera ponerme me lo pongo [...]”, además indica que su actitud ante el acoso también se ha modificado (t. 18): “[...] antes era como bajo la cabeza y me sigo caminando, no, ahora sí me quedo parada ahí viéndolos [...]”, el caso de Edna (entrevista 5, t. 22) es similar: “[...] ahora como que trato pues de no tener miedo de confrontarlos [...]”, en todos los ejemplos anteriores se establece una frontera entre el actuar anterior de la informante y el del momento actual, es evidente que han transitado de un estado de autorrestricción —en su vestimenta y en la manera como enfrentaban a su agresor—, a un estado de mayor seguridad y empoderamiento, mismo que en el relato se encuentra marcado por limitaciones temporales a través de los deícticos que emplean.

El caso de Lilian (entrevista 3, t. 58) se distingue de los otros tres, puesto que remite su punto de vista sobre la sociedad: “[...] en el país que vivimos y con la cultura que tenemos todavía se tiende mucho a culpar a la mujer de lo que le pasa [...]”, al emplear “todavía”, dado que este adverbio expresa continuación de algo que dio inicio en un tiempo anterior, indica que ciertas costumbres y prácticas misóginas perviven en la actualidad.

El espacio y la actualidad

Como se ha visto, el giro humanista en la comprensión del espacio provocó que la geografía se atendiera como una síntesis entre lo simbólico y lo estructural, considerando la realidad de la vida cotidiana como parte del contexto urbano que conforma las relaciones espacio-temporales entre los habitantes y la ciudad, su interés principal radica en explorar la experiencia humana respecto de todos los lugares donde se materializa el acto de habitar, de vivir, de existir en relación con un objeto-lugar cargado de significado.

Experimentar un lugar implica sensaciones y pensamientos que se procesan a partir del propio cuerpo situado en el espacio; en consecuencia, se generan distintas formas en que una persona conoce y construye la realidad, así como las relaciones sociales con otras personas en ese espacio, para Yi-Fu Tuan (1997) todos los sentidos permiten la experiencia espacial que enriquece la propia aprehensión geométrica del mundo, es decir, la mente elabora diseños y principios de organización en el ambiente para constituir relaciones de proximidad y distancia con los objetos que ocupan el espacio, no sólo en el sentido relacional, también simbólico. Encontrar un callejón oscuro y decidir no cruzar por ahí, modificar el trayecto si alguien nos persigue en su auto, cambiar de acera cuando una persona parece sospechosa, evitar transitar frente a un edificio en construcción, todos son movimientos en el espacio que las personas realizan de manera física para crear distanciamiento en relación con objetos en el espacio; claramente, su reacción ante el objeto no es del tipo relacional, como lo sería alejarse de un electrodoméstico que hace un cortocircuito y está en llamas, el callejón, el auto, la persona, el edificio, se convierten en símbolos de peligro que pueden comprometer la integridad física o moral de la mujer.

Como se ha visto, las personas atribuyen un conjunto de significados —pasados, actuales y potenciales— a los espacios donde habitan o transitan: recuerdos y sucesos recientes permiten a una persona mantener expectativas con cierto grado de certeza acerca de lo que es común o atípico de ciertos lugares, tipos de personas que es probable encontrar, además de ciertas prácticas que se asocian. Así, ubicarnos en ese entorno material y socialmente construido es, en realidad, un ejercicio gnoseológico, acerca de cómo se obtiene conocimiento del espacio para convertirlo en un lugar significativo.

El espacio público difiere del privado en cuanto a las estrategias de regulación y control que median la interacción entre personas, por supuesto que en el espacio privado se despliega toda una serie de normas sociales y legales que resultan más o menos eficaces para mantener la cortesía y regular la convivencia; por el contrario, el espacio público, al mantener un libre accesibilidad y constituirse como el espacio para todos, se caracteriza por la interacción abierta y la presencia de extraños: de lo desconocido o ajeno, lo que en el peor de los casos puede derivar en un ruptura de las normas cívicas comúnmente compartidas o incluso en actos delictivos.

Si bien conceptualmente la ciudad se entiende como espacio de convivencia y civilidad, las percepciones de las mujeres que han colaborado con esta investigación distan de esa concepción alentadora, notamos que el espacio público como punto de encuentro, de recreación, de tránsito, es resignificado desde el conflicto entre el yo y el otro; para las informantes, es evidente que la posibilidad de sufrir acoso sexual ha provocado la modificación de ciertas prácticas cotidianas, así como un sentimiento de temor que, en última instancia, se traduce en la propia restricción de la libertad, modificando su vestimenta, trayectorias y horarios. Discursivamente, las informantes elaboran, de manera simbólica, una limitación del espacio, una jerarquización y una valoración de éste, dado que sus posibilidades de actuar libre y espontáneamente en la calle se han modificado a raíz de ser reiteradamente agredidas. Explicando lo anterior desde la semiología urbana, que reconoce los elementos de la ciudad como significantes que refieren a un contenido, no es extraño que las calles, los autobuses y las paradas de estos y los parques sean lugares que denoten su función típica, y simultáneamente propicien que las personas los connoten y relacionen con sentimientos de desprotección o inseguridad.

Al nombrar el espacio público, al atribuirle significado, las informantes interpretan la ciudad expresando sus preocupaciones sociales, sus reclamos personales y su crítica hacia la cultura calificada por ellas como machista.

Alicia Lindón (2007a) acota que, en la producción de los relatos de vida de los habitantes de la urbe, ellos, como narradores, incorporan explícitamente el componente espacial en su discurso, manteniendo, además, un “principio de clausura”, en razón del cual dan a su relato un inicio, un desarrollo del acontecimiento y un cierre. Lindón destaca que los narradores urbanos fabrican escenarios que condensan elementos claves para la construcción del sentido del lugar. Con base en su propuesta, elaboramos el cuadro 2, en el que se reúnen los cinco elementos que delimitan un escenario:

Cuadro 2. El espacio como escenario

Categoría	Patrones en los relatos de los informantes
Formas espaciales (dónde sucedieron los acosos)	<ul style="list-style-type: none"> • Espacio público no regulado: la calle. • Transporte colectivo semirregulado: autobús urbano o foráneo.
Prácticas espacio-temporales allí ancladas.	<ul style="list-style-type: none"> • Calle: espacio de tránsito cotidiano y obligatorio, afluencia de personas variable, dependiendo de la hora del día. • Autobús/combi: medio para movilización de un punto de partida a un destino, la permanencia en el lugar varía conforme a la distancia.
Incorporación de los significados atribuidos al lugar.	Las experiencias de acoso sexual de todas las informantes se han desarrollado en la calle o en el transporte público, por ello han significado ambos espacios como inseguros o peligrosos.
Otros lugares que el habitante o transeúnte asocia con ese lugar.	Como se revela al inicio de las entrevistas, las informantes han sufrido acoso sexual, reiteradamente, en el espacio público, por lo que todas ellas aceptan que es un aspecto de sus vidas cotidianas y toda calle de la ciudad y todo autobús son lugares potencialmente peligrosos.
Memoria de acontecimientos pasados asociados a ese lugar.	<ul style="list-style-type: none"> • Recuerdo de su primera experiencia de acoso sexual callejero a una edad temprana (adolescencia e incluso niñez). • Recuerdo de una experiencia de acoso sexual callejero que las informantes catalogan como la más terrible, que incluso dejó secuelas emocionales y alteró su comportamiento y ciertas prácticas relacionadas con su arreglo personal y su apariencia.

FUENTE: reelaboración propia, a partir de la propuesta de Lindón (2007b).

Lindón establece la existencia de cinco categorías que permiten elaborar un escenario a partir del espacio donde la persona se sitúa: en este sentido, escenificar sería hacer inteligible un espacio, las formas espaciales refieren a los lugares, las prácticas especifican las actividades que se realizan normalmente y las funciones que se asocian a dicho lugar; los significados parten de las ideas que se han creado las personas al cabo de interacciones, atribuciones y expectativas en torno al lugar; finalmente, en la memoria se conjuntan todas las experiencias pasadas vinculadas al lugar.

Contrasta duramente la imagen de la calle como lugar de libre acceso y movilidad con la perspectiva de las informantes, quienes aseguran sentirse limitadas ante la posibilidad de ser acosadas sexualmente; por una parte, debido a que en su papel como usuarias del transporte público han sido constantemente agredidas mediante tocamientos, miradas o palabras soeces, además de que como transeúntes tienen que considerar un número elevado de restricciones, como las rutas que han de seguir, los horarios, la ropa que utilizan y la manera en que deben comportarse.

La calle es un escenario donde las informantes se asumen como sujetos en constante riesgo de sufrir una agresión; al respecto, Alicia Lindón (2007b) propone el término “espacios de miedo” para referir esos lugares asociados con experiencias negativas, tomando el sentido de un lugar inseguro (que incluso puede vincularse a fobias), y es que, como afirma la autora, la relación entre el sujeto y el espacio ocurre en un “tiempo denso”, que es simultáneamente presente, pasado recordado y futuro imaginado; en el caso de las informantes, es pertinente retomar la propuesta de Gastón Bachelard (1975), quien plantea el habitar como la relación indisoluble entre el espacio habitado y la corporeidad del habitante —sensaciones y emociones—, no sorprende que las informantes subrayen lo que experimenta su cuerpo respecto de un lugar donde puede suceder un ataque. A continuación, dos ejemplos: en el primero, la informante narra su experiencia de acoso, reiterando que el acosador usaba una bicicleta y estableciendo ese objeto específico como parte del espacio de miedo:

Ejemplo 13.

T. 12, Entrevista 2, I₂ Carolina:

[...] iba caminando y dio la vuelta un señor en una bicicleta sobre la banqueta, pero venía frente a mí y pues yo como si nada, yo iba con mi bolsa caminando para la casa de mis tíos y el tipo pasó y me metió la mano así entre las piernas me tocó la ingle y fue horrible no también me paralicé y le grité de groserías aventé mi bolsa y era un señor, se subió en su bici y se fue no y yo ay me me quedé así como qué hago como con esta impotencia como enojadísima, triste, me sentía sucia me todo no pero p's lle- o sea traté de contenerme (turno continúa)

Cuando la informante se encuentra en un escenario similar, entendido como espacio de miedo, el objeto se vincula con las sensaciones corpóreas displicentes que provocó la primera experiencia con su acosador:

Ejemplo 14.

T. 14-16, Entrevista 2, I₂ Carolina:

[...] pero sí es eso no de repente voy en la calle y veo que va algún hombre en bicicleta y en mi banqueta y sí me pone mal sí es esa tensión (finaliza el turno)

[...] Sí sí evoco ese ese momento y esas sensaciones físicas también no como como angustia o esa ansiedad que me suden las manos que siento el palpar del corazón y ese malestar no como como trato de cambiar- me de banqueta o me quedo quieta a esperar a que pase sí sí es feo sí es feo vivir así (finaliza el turno)

Al atender el discurso de la informante, se aprecia una imagen mental creada a partir de su experiencia de acoso callejero. Kevin Lynch, por ejemplo, aborda este fenómeno en *La imagen de la ciudad* (2008), donde establece el concepto de *imageability* como el poder de un objeto físico para emular una determinada imagen en un individuo; resulta claro, entonces, que la calle como espacio social se ha construido a través de la convergencia entre la subjetividad de la informante

y la materialidad del espacio, es decir, las imágenes mentales que devienen de su interacción con ciertos objetos y personas, específicamente la bicicleta como objeto propio de un posible acosador.

En conclusión, la construcción social del espacio es producto de la interacción entre las estructuras objetivas del espacio físico y las estructuras cognitivas individuales, entre ambas instancias interactivas dan forma al universo simbólico del individuo; por ejemplo, sus ideas acerca de la pertenencia a un cierto territorio, valores patrimoniales, memoria colectiva y sentimientos de identidad. Tomar el autobús, caminar de casa a la escuela, transitar por la ciudad y ejercicios similares son prácticas de lo cotidiano que permiten al individuo construir “sus” territorios.

Conclusiones

La violencia hacia las mujeres tiene su raíz en la desigualdad social, cultural, económica y política, lo que genera subordinación, discriminación y opresión, las historias de Daniela, Carolina, Lilian, Nancy y Edna ofrecieron una mirada parcial, pero honesta, a la vida de cinco mujeres que son violentadas cotidianamente a través de miradas, silbidos, palabras, roces; incluyendo episodios donde las agresiones escalaron en violencia y repercutieron significativamente en la forma como entendían y *experienciaban* el mundo.

Resultó evidente que el acoso sexual callejero es una práctica cultural relacionada directamente con la forma en que se percibe el cuerpo de las mujeres, como si en la calle fuesen objetos y no sujetos; luego entonces, el acoso es una negación a la capacidad de acción de las mujeres, ya que en el momento del acoso no existe una intención real de establecer comunicación con ellas, se les posiciona como reservorios de todo aquello que el acosador desee externar; en consecuencia, si las mujeres que se encuentran en espacios públicos son receptores susceptibles a los deseos del enunciadador/acosador, entonces se cancela cualquier posibilidad de diálogo, de reconocer en “la otra” a un sujeto, algo más que un cuerpo.

Si en las interacciones cotidianas con los acosadores el cuerpo de la mujer es “desmembrado” y percibido parcialmente —como unos glúteos, unos pechos o unas piernas— esa totalidad que constituye a la persona queda en segundo plano, pues la única relación posible con un cuerpo parcializado, sin nombre, sin identidad, son actos unilaterales. Por lo tanto, el acosador se posiciona como soberano sobre el lenguaje, es decir, como “el que habla” y no “el que escucha”; por supuesto, las mujeres se advierten como oyentes que resultan heridas por las palabras de su agresor, con ello se coacciona a la persona para que ocupe una posición social subordinada. Esa relación estructural de dominación participó como trasfondo en las narraciones de las informantes, conocedoras de la situación actual de la mujer en México, donde los derechos de las mujeres continúan vulnerados y el feminicidio es una realidad latente, galopante.

Ahora bien, los lugares donde las informantes sufrieron experiencias de acoso fueron la calle y el transporte público, espacios de contacto en los que se mezclan y conviven toda clase de personas diferentes que pueden o no participar en intercambios comunicativos; por el contrario, sus lugares de resguardo resultaron ser espacios privados, como las casas o tiendas, ello permitió la clasificación de espacios seguros y espacios peligrosos para las mujeres (restringiendo la cualidad de “seguro” en cuanto espacio donde pueden resguardarse del acoso de agresores desconocidos), reconociendo que, precisamente, el espacio posee una función estructural, pero también un valor simbólico.

A lo largo del desarrollo vital de las informantes, distintas experiencias —que no se describen a detalle en este trabajo, pero constan en el corpus derivado de las transcripciones— les han permitido reconocer que sus cuerpos son una especie de terreno en el cual se despliegan mecanismos tanto de regulación, control, supresión y ocupación en el sentido físico, sexual, de apariencia y vestimenta, de comportamiento, reproductivos, de expresión y, por supuesto, de movilidad. Esos mecanismos tienen profundas implicaciones en sus pensamientos, en sus estados de ánimo y en la forma en que interactúan y se relacionan con el medio social y los actores que lo ocupan, sean otras mujeres o los hombres.

Ciertos símbolos culturales responden a una herencia histórica sobre la posición de la mujer en la sociedad; antaño, su lugar fue dentro de la casa, en una especie de reclusión a favor de la crianza y el cuidado de los hijos (noción de “mujer cautiva” propuesta por Marcela Lagarde), al salir del hogar y participar más activamente en la vida pública, la posición de la

mujer en el mundo —social, político, económico— ha sido constantemente renegociada. Con ello se explica la configuración y reconfiguración de los espacios para la mujer, para el hombre y mixtos.

A partir de esas reflexiones sobre cómo distintas identidades convergen y se presentan en el espacio, es evidente que éste no se constituye únicamente desde la materialidad, de manera compleja intervienen los procesos sociales, los haceres, las interacciones, la percepción y los ejercicios de significación, de rememoración y de simbolización. La calle como espacio de miedo deviene de las experiencias previas que ha tenido la informante al interactuar con los otros, no sólo con los acosadores, sino con otras personas que presenciaron el ataque, y con el espacio mismo, el acoso es aún más terrible, puesto que se da en un espacio donde el poder se ejerce unilateralmente por parte del acosador y, en muchas ocasiones, las mujeres no encuentran un lugar para resguardarse o con un aliado que las apoye.

Esta investigación denuncia la asignación y distribución desigual de lugares para las mujeres, partiendo de la interpretación de los relatos que revelan el posicionamiento de las informantes como un grupo social vulnerable. Más allá de preservar estereotipos y escenarios impuestos a hombres y mujeres por igual, se repensó el estatus del género femenino en la cultura mexicana, a partir del significado asociado a prácticas y actividades que develan un discurso de franca inequidad.

Fuentes

Bachelard, Gastón (1975). *La poética del espacio*. Trad. de Ernestina de Champourcín. México: FCE.

Cabral Bastos, Liliana y Maria Leite de Oliveira (2006). "Identity and personal/institutional relations: people and tragedy in health insurance customer service", en M. Bamberg, A. de Fina y D. Schiffrin, eds., *Discourse and Identity*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 188-212.

Calsamiglia, Helena y Amparo Tusón (1999). *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*. Barcelona: Ariel (Ariel Lingüística).

Davies, Bronwyn y Rom Harré (1999). "Posicionamiento: la producción discursiva de la identidad", *Sociológica*, núm. 39: 215-239, en <file:///C:/Users/itali/Downloads/74439-94905-1-PB.pdf>.

Denzin, Norman (1989). *Interpretive biography*. Londres: Sage.

Duero, Dante (2006). "Relato autobiográfico e interpretación: una concepción narrativa de la identidad personal", *Athenea Digital*, núm. 9: 131-151, en en <<http://antalya.uab.es/athenea/num9/duero.pdf>>.

Fairclough, Norman (1989). *Language and power*. Nueva York: Longman.

Fernández Silva, Claudia (2013). "El vestuario como identidad, del gesto personal al colectivo", en C. Fernández, ed., *De vestidos y cuerpos*. Medellín: UPB.

Ferrarotti, Franco (2011). "Las historias de vida como método", *Acta Sociológica*, núm. 56: 95-119, en <<http://www.revistas.unam.mx/index.php/ras>>.

Gaytán Sánchez, Patricia (2007). "El acoso sexual en lugares públicos: un estudio desde la Grounded Theory", *El Cotidiano*, núm. 22: 5-17, en <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32514302>>.

- Goffman, Erving (1974). *Frame Analysis: An Essay on the Organization of Experience*. Nueva York: Harper and Row.
- Goffman, Erving (1979). *Relaciones en público: microestudios del orden público*. Madrid: Alianza.
- Josso, Marie-Christine (2014). "Proceso autobiográfico de (trans)formación identitaria y de conocimiento de sí", *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, núm. 19: 735-761, en <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=14031461005>>.
- Kiesling, Scott (2006). "Hegemonic Identity-Making in Narrative", en M. Bamberg, A. de Fina y D. Schiffrin, eds., *Discourse and Identity*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 261-287.
- Lagarde, Marcela (1990). *Cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Coordinación General de Estudios de Posgrado. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- Lamas, Marta (2006). *Feminismo: transmisiones y retransmisiones*. México: Taurus.
- Ley, David (1978). "Social Geography and Social Action", en D. Ley y M. Samuels, eds., *Humanistic Geography: Prospects and Problems*. Londres: Croom-Helm, pp. 41-57.
- Ley, David (1981). "Cultural/Humanistic Geography", *Progress in Human Geography*, núm. 5: 249-257.
- Linde, Charlotte (1993). *Life Stories. The Creation of Coherence*. Oxford: Oxford University Press.
- Lindón, Alicia (2007a). "La ciudad y la vida urbana a través de los imaginarios urbanos", *Revista EURE*, vol. 33, núm. 99: 7-16 (Santiago de Chile, agosto).
- Lindón, Alicia (2007b). "Los imaginarios urbanos y el constructivismo geográfico: los hologramas espaciales", *Revista EURE*, vol. 33, núm. 99: 31-46 (Santiago de Chile, agosto).
- Lynch, Kevin (2008). *La imagen de la ciudad*. Versión española de Enrique Luis Revol. Barcelona: Gustavo Gili [1960].
- Martín-Palomo, María Teresa y José Muñoz Terrón (2015). "Emociones en el espacio público: acciones para enfrentar la violencia de género", *Cultura y Representaciones Sociales*, vol. 9, núm. 18: 187-228, en <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-81102015000100007&lng=es&tlng=es>, consultada el 14 de febrero de 2017
- Merino, María Eugenia (2006). "Propuesta metodológica de análisis crítico del discurso de la discriminación percibida", *Revista Signos*, núm. 39: 453-469, en <<http://oai.redalyc.org/articulo.oa?id=157013770006>>.
- Mishler, Elliot (2006). "Narrative and Identity: The Double Arrow of Time", en M. Bamberg, A. de Fina y D. Schiffrin, eds., *Discourse and Identity*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 30-47.
- Olvera Lezama, Blanca (2015). "El 'piropo' como génesis de la violencia contra la mujer", *El Mundo del Abogado*, núm. 191 (marzo): 31-35.
- Peña Molina, Blanca Olivia. (2007). *Historia oral y métodos cualitativos de investigación*. La Paz: Universidad Autónoma de Baja California Sur.

Pimentel, Aurora (2001). *El espacio en la ficción*. México: Siglo XXI.

Rodríguez, Rosana Paula (2013). "El poder del testimonio, experiencias de mujeres", *Revista Estudios Feministas*, vol. 21, núm. 3: 1149-1169, en <<https://dx.doi.org/10.1590/S0104-026X2013000300021>>.

Saucedo, Irma (2011). *Violencia contra las mujeres en México*. México: Programa Universitario de Estudios de Género/ONU Mujeres.

Schiffrin, Deborah (2006). "From Linguistic Reference to Social Identity", en M. Bamberg, A. de Fina y D. Schiffrin, eds., *Discourse and Identity*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 103-131.

Tuan, Yi-Fu (1997). *Space and Place: The Perspective of Experience*. Mineápolis: University of Minnesota Press.

Tuan, Yi-Fu (1979). *Landscapes of Fear*. Nueva York: Pantheon Books.